

LA TENTACIÓN DE JESÚS. PERSPECTIVA DE MARCOS

El día se apagó, y con él, el tiempo...
la noche oscura,
brilló,
y en su luz,
la eternidad se humanizó.

Introducción

La humanidad de Jesús fue en todo igual a la nuestra. Su anonadamiento en cuanto Dios, fue pleno. El no - Dios de la divinidad es el sí de la humanidad. Dios se hizo humano en Cristo, y en Él, todo hombre de buena voluntad. En el ensayo que nos ocupa deseamos mostrar al Jesús hombre. El Jesús de una época concreta que fue igual a cualquier ser humano.

Ahora bien, presentar al Jesús hombre, presupone un conocimiento previo, saber que el Jesús hombre, es Dios. Todas las experiencias evangélicas han pasado por el crisol de la resurrección. Cada pasaje evangélico nos conduce hacia la plenitud de las posibilidades humanas. Y es desde esta plenitud, que en cristiano llamamos resurrección, que volvemos a re-leer el mensaje.

Marcos nos va a presentar su pasaje sobre las tentaciones desde su experiencia personal de la resurrección. En las tentaciones del evangelista observamos una parquedad y austeridad narrativa absolutas. Comparando estos pasajes con los paralelos de Mateo y Lucas, es el sinóptico que menos palabras usa para contar el evento.

Cierto que todo su evangelio se mueve en parecidas coordenadas. Hasta tal punto es así, que al decir de la exégesis bíblica, incluso los pasajes de las apariciones tuvieron que ser añadidos con posterioridad, dado que al evangelista se le “olvidaron” consignarlas en su escrito.

Tal “olvido” fue voluntario. Marcos no puede mostrar al resucitado si el lector de su evangelio no lo ha “visto” en la cruz. Ante la muerte total, hay que dejarse “ver” por la vida plena. Es, ante el sepulcro, que puede intuirse la gloria de Dios.

De no ser así, conviene comenzar el evangelio nuevamente. Por esta razón Marcos, al terminar su evangelio hace volver a sus personajes a Galilea, Allí comenzó todo. Quien no haya descubierto la vida en la cruz, que comience la andadura donde todo se inició. Que retorne desde Jerusalén a Galilea.

Y es en estos comienzos donde re-leemos el pasaje de las tentaciones de Jesús. Efectivamente en el primer capítulo comienza por anunciar lo que él ya ha descubierto y que es el motivo de su evangelio : Jesucristo es Hijo de Dios (1,1).

Todo el evangelio de Marcos trata de revelar esta verdad oculta desde cada tiempo, en el corazón de cada hombre y mujer. Pero la revelación reclama la entrega de la persona. Como la de aquellas mujeres que “vieron” la gloria de Dios dentro del sepulcro (cruz-muerte), a través del joven con túnica blanca sentado a la derecha del sepulcro (16,5) “...salieron huyendo del sepulcro, pues un gran temblor y espanto se había apoderado de ellas, y no dijeron nada a nadie porque tenían miedo” (16, 8).

Nada puede decirse de la gloria de Dios; la gloria de Dios no es para contarla, es para ¡vivirla!. El joven (ángel), les dice: “No os asustéis. Buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado; ha resucitado, no está aquí. Ved el lugar donde le pusieron. Pero id y decid a sus discípulos y a Pedro que irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo” (16, 6-7).

Quien en el sepulcro no alcanza la vida ha de retornar a la muerte en la que permanece. Marcos hace volver a las mujeres a Galilea. Jesús va delante. Jesús vuelve a iniciar el camino hasta Jerusalén. Desde Galilea a Jerusalén hay que dejarse encontrar por el resucitado. Marcos reinicia una vez más el camino. Sobran las palabras. Su austeridad lo proclama desde el inicio hasta el final de su evangelio. El busca que sus lectores vivan lo que él ha vivido. Pero tal vivencia tiene una exigencia previa: la personal entrega de cada creyente.

Jesús siempre “va delante” en cada Galilea, en cada inicio del camino. Marcos nos ha situado en el suyo con la feliz intención de que cada creyente encuentre el propio.

Consideraciones previas sobre las tentaciones evangélicas

Antes de comentar el pensamiento de Marcos sobre el tema que nos ocupa, bueno es aclarar lo qué entendemos por tentación, dado que si la tentación tiene juicio moral ¿pudo Jesús ser tentado, si era Hijo de Dios?

Comenzamos por indicar en la introducción de este ensayo, que Marcos desea que descubramos el ser del hombre Jesús. Es en este ser donde se descubre al Hijo de Dios. Es decir, es en el anonadamiento donde tenemos que descubrir la divinidad. No hay otro camino posible.

Jesús es hombre pleno, mas esta plenitud hay que descubrirla “en uno mismo”. Cristo es quien posibilita este misterio. ¿Cómo?. Reencarnándolo en cada particular devenir. Marcos ya lo ha experimentado, ahora nos lo vivencia con la palabra de su evangelio sabiendo que la letra mata. De ahí su parquedad. No es la letra, sino el espíritu quien muestra el camino.

Jesús, por tanto, es un hombre y como tal tuvo que ser tentado ¿Por qué? Porque la tentación es connatural al ser del hombre. Si Jesús fue hombre, Jesús tuvo que padecer tentación. La respuesta es obvia; no obstante a la objeción previa habría que cuestionarle otra no menos ocurrente : ¿acaso Jesús no pudo padecer tentaciones porque, de hecho, las tentaciones son malas?

Las tentaciones no son buenas ni malas, simplemente son necesarias (libro de Salas p. 132). La tentación al ser connatural al hombre, perdura hasta la muerte. No es posible vivir sin tentaciones ¿Por qué? Porque alguien que hipotéticamente tuviera esta posibilidad, en ella, habría quedado deshumanizado.

Si Jesús fue un ser humano tuvo forzosamente que vivir esta experiencia. Si observamos lo que significa tentación, comprobamos la verdad de lo expuesto. ¿Que es tentar, sino conocer a través del tacto, la cosa tentada?. A modo de ejemplo, pase el lector la mano sobre la superficie de una mesa, ¡tiéntela!. ¿Qué experimenta? ¡Conocimiento!, Simplemente conocimiento de la cosa (en este caso la superficie de una mesa) tentada.

Al tentar la mano la superficie de la mesa el cerebro conoce la cosa tentada. Luego la tentación conduce al conocimiento. Así Adán conoció a Eva. El conocimiento humano es consecuencia de la tentación. La tentación, por tanto es motivo de conocimiento. Ahora bien, tras el conocimiento de la cosa tentada tengo diversas opciones. Unas me conducirán al bien, otras al mal.

Efectivamente ya he tentado la mesa y conozco lo que ella es, ahora puedo usarla para escribir sobre la superficie tentada (acto bueno) o tirarla por la ventana (acto malo, si, especialmente, pasa alguien bajo la ventana). La tentación no ha sido culpable de mi acción. La tentación me ha mostrado lo que es la mesa y mi libertad me ha llevado a efectuar un buen o mal uso de ella.

De igual manera cuando Adán acarició el cuerpo de Eva (recordemos que caricia viene de caridad y caridad es el conocimiento del amor), tentó su piel y como consecuencia, conoció a alguien que era parte de él. Tal tentación fue el origen del conocimiento humano. Ahora bien, lo que el hombre hizo con la mujer a través de la historia patriarcal no fue culpa de la tentación, sino de su propia y libre opción.

Jesús fue tentado porque crecía en edad y en conocimiento. Tal conocimiento es inherente al ser humano, ya que le es imposible no conocer. Marcos nos sitúa ante el Jesús de la historia para que descubramos nuestra propia humanidad, y en ella al Cristo resucitado.

Las tentaciones en Jesús, como en todo ser humano son la apertura al conocimiento. Marcos comienza su andadura evangélica a partir de este necesario conocimiento, inherente a nuestra historia, a nuestra propia antropológica. Observemos la forma en la que él hace su particular apertura hacia la plenitud de dicho reconocimiento: la resurrección.

El evangelista Marcos ante el episodio de las tentaciones

Una simple confrontación del relato de Marcos con el resto de los sinópticos, nos muestra que, al margen de su laconismo, se aparta notablemente de ellos. Una de las posibles causas de las diferencias existentes con el resto de los evangelistas puede deberse a que Marcos es el más primitivo de los sinópticos.

Posiblemente las fuentes en las que se inspira son más arcaicas. Su mayor antigüedad puede ser, asimismo, el motivo de su brevedad. Esta antigüedad puede ser el origen de lo enigmático de ciertas afirmaciones.

Por ejemplo, Marcos alude a las fieras donde los demás silencian este dato. ¿Sería porque al no comprender la causa de esta alusión, la omitieron? Este interrogante no es válido para aquellos que piensan que Marcos no es tan primitivo como puede parecer. De hecho, los restantes sinópticos aluden a la victoria sobre el diablo, mientras Marcos no, esto les hace pensar en la posibilidad de que haya sido Marcos quien omitiera este hecho que ya era conocido por la tradición.

Al margen de la antigüedad de cada uno de los autores evangélicos, y de su correspondiente polémica al respecto, aquí nos interesa resaltar que cada uno de los sinópticos se encontró con una tradición anterior, posiblemente la fuente Q, que les sirvió de base para desarrollar su personal teología.

Esta teología es la que vamos a explicitar en referencia al tema de las tentaciones, al margen de la polémica sobre la prioridad literaria de uno u otro evangelista. Nos interesa, por tanto, estudiar los criterios teológicos que pudo tener el evangelista Marcos para relatar el tema de las tentaciones de la forma y manera que lo hizo.

Marcos y el bautismo

La ilación existente entre el bautismo y las tentaciones no es exclusiva del evangelista Marcos. Mateo y Lucas también marcan importantes lazos de unión entre ambos eventos. No obstante, el laconismo del evangelista que nos ocupa hace resaltar de forma más elocuente dicha unión.

Cierto que Mateo y Lucas unen bautismo y tentaciones, pero al margen de esta similitud, ambos evangelistas muestran una teología más depurada y ello sin recurrir a la teología de los evangelios de la infancia, escritos por estos evangelistas, o su escuela, posteriormente a la confección de los evangelios propiamente dichos.

“Y sucedió que por aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán. En cuanto salió del agua vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu en forma de paloma, bajaba a él. Y se oyó una voz que venía de los cielos: Tu eres mi Hijo amado, en ti me complazco” (Mc 1, 9-11).

Este pasaje antecede al relato de las tentaciones. ¿Por qué es importante la ilación existente entre ambos y cuál es el hilo conductor que une ambos pasajes?

Comenzamos este ensayo haciendo ver que Marcos inicia su evangelio proclamando que Jesús es el Hijo de Dios (1,1). Esta proclamación es la que desea que el lector haga propia a través de la vivencia de su evangelio. ¿Cómo iniciar tal vivencia?. Escuchemos a Marcos: *“Mira, envió mi mensajero delante de ti, el que ha de preparar tu camino. Voz del que clama en el desierto : Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas”* (Mc 1, 2-3).

El mensajero que va delante, anunciando lo que va a suceder, viene prefigurado para el evangelista en la figura señera de Juan el Bautista ¿Por qué? Porque el representa todo el antiguo paradigma que va a dar paso al nuevo. En el Bautista se recapitula el acontecer de la humanidad que espera la actuación de Dios.

¿Cómo representa esta espera Juan?. Con el bautismo a orillas del Jordán. El valor simbólico de esta imagen es patente. La persona de fe siempre espera cambiar, evolucionar. Los judíos, en cuanto pueblo de Dios, confiaban en la llegada del Mesías. Pero para vivenciar semejante nacimiento era preciso predisponer el ánimo.

El bautismo simboliza esta necesidad de cambio (metanoia) que enlaza el Antiguo y Nuevo Testamento. La humanidad que busca, encuentra. Siempre ha sido y será así. Quien cree haber llegado a la meta, se paraliza. El hombre es un eterno proyecto en constante proyección hacia la eternidad.

Juan y su bautismo simbolizan esta proyección hacia lo totalmente otro. Lo totalmente otro que está por llegar es Cristo. Para renacer a esta realidad hay que ser virginal. Esta virginidad, en Marcos, viene representada por las aguas del Jordán. Ellas eran símbolo de conversión, de necesidad de perdón: *“Apareció Juan bautizando en el desierto, proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados... y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados”* (Mc 1, 4-5).

El bautismo de Juan, con-vierte la realidad vivida en otra que permanece en el horizonte de las posibilidades humanas. “Vertir” con lo que está por llegar, con-vertir, conversión, es lo que reclama Marcos a todo el que desee aprehender lo que el va a mostrar. Además, tal conversión ha de ser virginal. Lo nuevo siempre nace de la tierra virgen. Así el creyente ha de manifestar su error, su pecado. Quien confía en ser perdonado está a punto de alcanzar el perdón.

Juan representa a los creyentes que desean alcanzar el perdón. Las aguas del Jordán son el rito tras el que llega la virginidad necesaria para recibir el nuevo paradigma. Ahora bien, ¿en que lugar se recibe este eterno y nuevo testamento?. ¿En el Jordán? No. ¡En el desierto!

Juan no clama en el desierto. Juan según el texto de Isaías clama que en el desierto hay que preparar el camino del Señor: *“Una voz clama: En el desierto abrid camino a Yahvé...”* (Is 40, 3). Todo lo que está sucediendo, hay que situarlo en el desierto desde el que nos habla el evangelista. Allí es donde la voz de Juan se escucha. Allí es donde el bautismo de Juan acontece.

Clamar en el desierto es como vender helados en el polo norte. En el desierto nadie escucha. Porque nadie lo habita. La voz de Isaías que nos propone escuchar

Marcos está allí donde se encuentra el creyente, aquí y ahora en el pueblo o la ciudad. Y en la colectividad donde releemos su evangelio se nos vuelve a proponer el eterno mensaje: en el “desierto”, se prepara el nuevo paradigma. Juan no habla en el desierto, Juan dice en cada corazón que hay que retirarse al “desierto” para oír lo que está aconteciendo.

¿Cuál es el valor teológico que Marcos nos propone con el sintagma desierto?

Marcos y el desierto

La pedagogía que nos va a mostrar Marcos, exige una necesaria consideración. ¿Cuál? ¡Destruir la imagen previa de Dios!. Él sabe por experiencia propia quién es su personaje. No hay duda al respecto. Las primeras palabras de su evangelio lo han proclamado. Ahora bien, proclamar que Cristo es Dios, implica, a su vez, destruir cualquier idea preconcebida de esta verdad.

Por esta razón el evangelista comienza por mostrarnos la humanidad descarnada del Jesús de la historia. Es en ella y en la cruz, donde hay que asumir la trascendencia. Desde la humanidad ha de ser aprehendida la divinidad. Esta pedagogía es imprescindible para Marcos. ¿Dónde inicia tal pedagogía? En el desierto.

“A continuación, el Espíritu le empuja al desierto...” (Mc 1, 12). Los relatos de las tentaciones comienzan con esta frase. La ilación con el pasaje del bautismo al que antes aludíamos, es incuestionable: *“Y sucedió que por aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán. En cuanto salió del agua vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu, en forma de paloma, bajaba a él. Y se oyó una voz que venía de los cielos: Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco”* (Mc 1, 9).

El Espíritu que le ha hablado en el bautismo es el mismo que le empuja al desierto. Diera la sensación que el evangelista tratase de “empujarnos” hacia el desierto, a fin de que podamos intuir lo que está aconteciendo.

El pasaje está siendo posible gracias al Espíritu que habita en el hombre de fe de la antigua economía. Juan representa este paradigma, y Jesús retoma la antorcha del conocimiento joánico. El cambio, la metanoia, se va a llevar a cabo en aquellos que desean cambiar. En aquellos que se introducen virginalmente en las aguas de vida que, míticamente, representa el río Jordán.

“Allí”, el Hijo (y con Él todos los hijos), se siente amado, es decir, perdonado. Ahora bien, cabe preguntarse dónde se encuentra el lugar que denominamos “allí”. Para responder a este lugar teológico, observemos la tradición previa al evangelista y que es la base de la teología de Marcos.

El Allí del evangelista no es el agua, origen de vida, sino el desierto, origen de muerte. Esta aparente paradoja es la que nos ha llevado a indicar que Marcos desea matar la imagen previa de Dios. El creyente no debe pensar lo que Dios es, simplemente tiene que vivir la experiencia de la divinidad y ello partiendo de la humanidad.

La antigua economía había hecho la religión del libro. Y Dios no es un libro, es un hombre... !en la revelación!, cuyo devenir está expresado en un libro. El principio y fin de ese libro, que hoy llamamos Biblia, es el hombre. Por tanto, hay que reencontrar al hombre, para descubrir a Dios. No hay otro camino.

Marcos nos muestra que este caminar, siempre se da en el Espíritu. Un Espíritu que desde el bautismo nos empuja hacia el desierto. El Espíritu es quien une ambos sucesos. Y ese mismo Espíritu nos va a mostrar el camino hacia la resurrección. Resurrección que en Marcos se aprehende en la cruz, en la tumba desierta de cuerpo alguno.

Desierto al principio y al final de su caminar. Humanidad descarnada, desde el principio al final de su evangelio. En este desierto, en este no-Dios, hemos de encontrar el camino, que sin previas ideologías, nos conduce hacia Dios.

El Espíritu, con el Hijo, nos lleva al desierto. ¿Cuál era la previa concepción que tenía Marcos sobre el desierto y cuál la que, personalmente, imprime en su teología?

Cada sociedad tiene su propio lenguaje. El idioma es un símbolo a través del que tratamos de expresar los sentimientos. La ley de Yahvé fue el vehículo que mantuvo viva la promesa de Abraham. La ley es palabra, símbolo, que perpetúa la alianza.

Para Marcos, Juan es el símbolo del Antiguo Testamento. Posiblemente el Elías *“...vestido de piel de camello y se alimentaba de langostas y miel silvestre”* (Mc 1, 6). Cuando preguntan cuál es el porte que tiene el hombre de la palabra profética, representada por Elías, el libro de los reyes responde *“Un hombre vestido de pieles y faja de piel ceñida a la cintura”* (2 Re 1, 8).

Así nos presenta Marcos a Juan. Esta presentación la realiza en un lugar: en el desierto. El desierto es para el evangelista el lugar donde ubica a Juan. ¿Por qué?. Porque en él es donde Israel pasó la prueba: *“Acuérdate de todo el camino que Yahvé prometió bajo juramento a vuestros padres. Acuérdate de todo el camino que Yahvé tu Dios te ha hecho recorrer durante estos cuarenta años en el desierto para humillarte, para probarte y para conocer lo que había en tu corazón: si ibas a guardar sus mandamientos o no”* (Dt 8, 2).

Conquistar la tierra significó para Israel comenzar a existir como pueblo. Este comienzo de existencia fue posible gracias a la prueba que pasó a través del desierto. De hecho, geográficamente hablando pasar al fértil creciente suponía atravesar las zonas desérticas. Estas zonas eran una prueba de resistencia para quien lo intentara.

Israel siguiendo la voz de Yahvé lo intentó. Isaías había sido portavoz de dicha palabra exclamando que a través del desierto se abrirían los caminos para dar paso a la conquista (Is 40, 3). La conquista se había realizado porque el Espíritu había sido el guía que había posibilitado semejante proeza.

“¿Dónde el que puso en el su espíritu santo, el que hizo que su brazo fuerte marchase al lado de Moisés, el que hendió las aguas ante ellos para hacerse un nombre

eterno, el que hizo nadar por los abismos, como un caballo por el desierto, sin que tropezaran, cual ganado que desciende del valle? El espíritu de Yahvé los llevó a descansar. Así guiaste a tu pueblo, para hacerte un nombre glorioso” (Is 63, 11-14).

Israel había pasado la prueba del desierto. Esta prueba había quedado en el inconsciente colectivo como un símbolo del poder de Yahvé. Isaías recuerda la gesta y el pueblo la asume día a día en su experiencia religiosa. Así los monjes del Qumran se situaban a orillas del desierto esperando la llegada del Mesías.

Marcos recoge y hace suya esta expectativa. Juan es el Israel, el Elías que habría de venir y que fue arrebatado a los cielos (2 Re 2, 1-13). Ahora había vuelto con su vestimenta a las orillas del Jordán. Situación exacta en la que, Elías, fue arrebatado a los cielos. Con estas breves pinceladas la teología marcana sitúa a todo Israel (Mc 1, 5). Un Israel que entiende lo que está sucediendo porque todo ello se está expresando a través de un símbolo que conocen como desierto.

Pero lo que va a suceder, trasciende el pasado, el presente y el futuro. Marcos va a escribir sobre la eternidad. El creyente ha de situarse en una nueva perspectiva. Todo nuevo paradigma necesita de una perspectiva de universo distinta. Marcos parte del desierto. En él se encuentran los dos distintos paradigmas : Juan (Antiguo Testamento), y Jesús (Nuevo Testamento). Israel conoce el desierto, pero puede morir, como Juan, en el desierto,. Jesús inicia su devenir espiritual, pero no muere, ¡resucita!

El Espíritu es el guía, como siempre, de esta nueva noticia que Marcos proclama al inicio de su mensaje: “*Comienzo del Evangelio*” (Mc, 1,1). Este “logion” es propio del evangelista y descubre la intención de todo su escrito. La Nueva Buena se estaba esperando desde los orígenes, pero trasciende todo lo pensado. De ahí la necesidad de olvidar cualquier concepto previo sobre la divinidad.

Israel, representado en el Bautista siempre estuvo en el desierto pero nunca alcanzó la auténtica luz. Ahora Juan es portador de esa luz y Jesús la asume en el desierto, pero la trasciende. ¿Cómo?. Jesús pasa por el bautismo de Juan, pero el bautismo que está por llegar no es de agua, sino de Espíritu Santo (Mc 1, 8).

El Espíritu une a los dos personajes representantes de los testamentos antiguo y nuevo. Más el nuevo no es consecuencia del antiguo. El nuevo es consecuencia del querer libre de Yahvé que, en Cristo, muestra su reino ¿Dónde? En la cruz y en la tumba.

La teología marcana nos dirige hasta este evento. Quien allí no ve al resucitado ha de volver a Galilea. No en vano todo los pasajes del mar de Galilea están representando para Marcos a la naciente Iglesia. Quien ha pasado por el desierto y lo ha trascendido, vivirá una nueva experiencia de fe desconocida hasta el momento. ¿Dónde? En la Iglesia que para Marcos se representa míticamente en Galilea.

Este es el motivo por el que su evangelio acaba sin representación alguna sobre las apariciones de Jesús. Quien desee verle tal y como es, deberá ir a Galilea, a la Iglesia de los cristianos que asumen en su experiencia el nuevo y eterno paradigma.

Quien permanezca en Jerusalén, permanecerá en el error. Jerusalén es, para Marcos, la antítesis de Galilea. Quien permanece en Jerusalén vuelve al desierto y, o reanuda el caminar para encontrarse con el resucitado (Galilea), o paraliza su experiencia auténticamente humana, ante el sepulcro de muerte (Jerusalén).

El punto de partida de ambas experiencias se encuentra en el desierto. Un desierto no necesariamente geográfico, ya que Marcos empuja a Jesús al desierto y esta expresión es innecesaria toda vez que el Jordán está a orillas de la zona desértica. Un desierto, asimismo, no necesariamente simbólico, conforme al valor judaico; ahora el desierto ha de ser trascendido para llegar a Galilea, a la Iglesia de los cristianos.

El evangelio de Marcos se mueve en estas coordenadas. Parte desde el desierto (1, 1-13), hasta el mar de Galilea (1, 16 - 8, 26), allí se produce el seguimiento (8, 27 - 10, 52) y termina en Jerusalén donde se produce la oposición a su mensaje (11, 1 - 16, 8).

Con esta pedagogía hemos de aprehender el valor que simbólicamente tiene el desierto en la teología marcana. El desierto es el lugar de encuentro de ambos paradigmas. Ahora bien, en la psicología de este evangelista podemos dar un paso más que nos acerca a su particular teología.

Y este paso puede ser el siguiente: Marcos, al igual que los profetas del antiguo Israel, sitúa al lector de su evangelio, en un simbólico desierto. Ahora bien, el desierto del que parte su evangelio tiene un componente psicológico innegable: la soledad.

Desierto y soledad son un binomio inseparable en el evangelista. Es más, es en este desierto psicológico donde suelen suceder las cosas importantes. Así quien acepta su soledad y en ella su mismidad, puede acceder a Galilea, es decir, a la Iglesia de las primeras comunidades a las que pertenecía Marcos y en donde permanecía oculto, como hoy, para quien no tenga ojos para ver, el Cristo resucitado.

Marcos nos deja pequeñas huellas en su escrito para reinterpretar el valor que teológicamente tiene para él, el desierto. En la primera multiplicación de los panes leemos lo siguiente: *“Él, entonces, les dice: Venid también vosotros aparte, a un lugar solitario, para descansar un poco”* (Mc 6, 31).

A continuación hay que aprender a “ver” lo que, de hecho, era una constante en la Iglesia primitiva: la eucaristía. “Ver” la eucaristía era pasar del desierto a Galilea, dado que era en la Iglesia (Galilea) donde se podía observar la resurrección. Sin embargo, estas y otras verdades evangélicas había que vivenciarlas en el corazón humano.

“Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?. Pedro le contesta: Tu eres el Cristo. Y les mandó enérgicamente que a nadie hablaran acerca de él” (Mc 8, 29). Al igual que en el episodio de las mujeres ante la tumba, nadie puede hacer comentario alguno de las verdades que únicamente Dios puede revelar a quien le busca.

Hemos visto que todo el evangelio de Marcos es una búsqueda hasta Jerusalén, pero esta búsqueda hay que realizarla desde el interior del corazón, hoy diríamos de la mente humana. Es allí, en esa soledad, en ese desierto, desde el que hay que partir.

Jesús está ante la muchedumbre: *“Pues los que iban y venían eran muchos...Y al desembarcar vio a mucha gente...”* (Mc 6, 33-34). Pero la Iglesia, que está en medio de la muchedumbre, como la barca, necesita recogimiento, desierto, soledad: *“Y se fueron con la barca, aparte, a un lugar solitario”* (Mc 6, 32).

Todo el pasaje de la multiplicación de los panes donde se presenta la eucaristía, reclama constantemente la soledad, y ello, a pesar de estar entre la muchedumbre. Cada creyente que lea el evangelio de Marcos ha de asumir su propio desierto, su soledad, pues es a través de ella que se puede llegar a la Iglesia.

Nadie puede explicar este misterio, sólo Dios. Por esta misma razón, cuando los apóstoles están junto a Jesús en el pasaje de la transfiguración, vuelve a dejarnos el evangelista otra huella de su sentir: *“Seis días después, toma Jesús consigo a Pedro, Santiago y Juan, y los lleva, a ellos solos, aparte, a un monte alto. Y se transfiguró delante de ellos...”* (Mc 9, 2).

Son varios los símbolos que usa Marcos para reiterar su teología del desierto: los “seis días”, los “tres apóstoles”, nuevamente, “la soledad” y por último el “monte alto”.

Para ultimar la teología marcana del desierto y responder a los símbolos de la transfiguración, donde nuevamente nos deja la huella de la soledad, bueno es que observemos que el pasaje de la tentación que nos propone Marcos viene explicitado con la siguiente sencillez: Jesús es impulsado por el Espíritu al desierto donde permanece cuarenta días y en este tiempo, es tentado por Satanás.

El esquema de este pasaje podría ser el siguiente: desierto-cuarenta días-tentación. Desde esta síntesis y con los presupuestos ya indicados estudiemos el significado que tiene para este evangelista, el sintagma “tiempo”.

Marcos y el tiempo

La síntesis: desierto-cuarenta días-tentación, queda relatada por el autor de la siguiente manera: *“A continuación, El Espíritu le empuja al desierto, y permaneció en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás. Estaba entre los animales del campo y los ángeles le servían”* (Mc 1, 12-13).

Tras la introducción realizada sobre “la tentación” y la exposición que hemos desarrollado sobre “el desierto”, veamos a continuación la parte central que nos falta por estudiar, según la síntesis que nos propone Marcos : “cuarenta días”. Este nuevo sintagma merece ser observado conforme a la teología del evangelista que nos ocupa.

Iniciamos nuestro ensayo haciendo ver al lector que cada sociedad tiene sus símbolos propios, su lenguaje y mitos a través de los que trata de expresarse. Posiblemente una de las causas actuales de pérdida de valores de nuestra juventud, se encuentre en no saberles dar el lenguaje apropiado para expresar los eternos símbolos. Los mitos ancestrales deben ser reactualizados en unos signos concretos. Tal concreción no es el símbolo, sino la forma y manera que tenemos de llegar hasta él.

En el hecho religioso, especialmente, el lenguaje cambia, mientras que lo que él expresa, permanece. Actualmente, muchos equivocan la letra con el espíritu que la hizo posible, así, cuando el signo pierde su valor, creen que es el valor el que ya no tiene razón de ser.

Reencontrar los genuinos valores, traducidos a los signos de los tiempos que reclama cada sociedad, es una de las tareas más sublimes del ser humano. Jesús supo traducir sus vivencias a través de los signos de su época. Marcos los aprehendió y los consignó en su evangelio.

Ahora retomamos del evangelista el símbolo “cuarenta”. Este símbolo recorre las páginas bíblicas. El valor que encierra este sintagma tiene un especial interés para el Antiguo Testamento. Ciertamente que en el Nuevo, Marcos lo re-lee y lo cristifica. Ahora bien, para alcanzar la cristificación que nos propone en su obra, bueno es que recordemos el significado que tenía en la antigua perspectiva de universo.

Cada perspectiva de universo refleja su propia concepción del mundo. El Antiguo Testamento representa el universo salido de las manos de Yahvé. Yahvé, como símbolo de la divinidad, viene representado con la cifra tres. El mundo, que ha salido de sus manos, al ser creación de Yahvé, se representa con dicho signo.

El libro de Génesis está escrito bajo esta perspectiva de universo. Ella es la que obliga a una representación simbólica del mundo, tripartita. Así, el mundo viene representado en tres partes, donde la más alta pertenece a Yahvé, la más baja a las fuerzas ocultas y tenebrosas donde Yahvé no habita y la zona intermedia el lugar donde habita el ser humano.

La cultura semita se inserta entre la vida (zona alta) y la muerte (zona baja). Esta perspectiva de universo es la que sostiene la revelación del Antiguo Testamento. Por ello Moisés “subirá” para hablar con Dios (Ex 19, 3), igual que Jonás “bajará” hasta lo más profundo de las aguas para introducirse en el seno del “sheol” (muerte) (Jon 2, 1).

Toda la revelación de Yahvé se moverá en este símbolo trinitario, donde, como es lógico, la muerte ha de ser vencida al “tercer día”. Ahora bien, si nos movemos dentro del “piso” intermedio donde habita el hombre, éste, se expresa con unas coordenadas muy sugerentes, entre las que destacamos, para el tema que nos ocupa, la del signo “cuarenta”.

Desde el inicio de la creación de este universo fue así: *“...y las compuertas del cielo se abrieron, y estuvo descargando la lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches”* (Gn 7, 12). El piso de arriba abrió sus puertas e inundó la zona intermedia. Toda una generación sucumbió; únicamente quedó a salvo Noé y sus hijos.

¿Cuál es el tiempo de una generación? Cuarenta. Durante “cuarenta” tuvieron los hombres que lavar sus culpas con el agua purificadora de Yahvé. El diluvio bajaba del cielo como el maná que alimentó al hombre en la antigua economía: *“Los israelitas comieron el maná por espacio de cuarenta años, hasta que llegaron a tierra habitada. Lo estuvieron comiendo hasta que llegaron a los confines del país de Canaán”* (Ex 16, 35).

En la nueva economía seguimos alimentándonos tras la ascensión (a los 40 días de la resurrección), con el pan de vida. Este pan de vida es Cristo que sigue permaneciendo, como Israel, “cuarenta tiempos” en el desierto. En estos “tiempos” ha de ser reencontrado el Espíritu, la gloria de Yahvé: *“La gloria de Yahvé aparecía a la vista de los hijos de Israel como fuego devorador sobre la cumbre del monte. Moisés entró dentro de la nube y subió al monte. Y permaneció Moisés en el monte cuarenta días y cuarenta noches”* (Ex 24, 17-18).

El creyente, con Moisés, siempre permanece en su tiempo ante la gloria de Dios. Este tiempo es simbólicamente “cuarenta”. Al cabo de este “eón”, quien se aparta del camino se encuentra, como Nínive, ante la destrucción: *“Jonás comenzó a adentrarse en la ciudad, e hizo un día de camino proclamando: Dentro de cuarenta días Nínive será destruida”* (Jon 3, 4).

El ser humano se salva o se condena en su devenir, y éste, para el semita, viene representado por el signo “cuarenta”. Después de este tiempo simbólico, el hombre de fe, parte hacia la divinidad. Como Elías: *“Se levantó, comió y bebió, y con la fuerza de aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios, el monte Horeb”* (1 Re 19, 8).

Elías partió hacia lo desconocido a orillas del Jordán (2 Re 2, 7). Ahora, el evangelista Marcos retoma este símbolo y lo reactualiza, también a orillas del Jordán. Es a orillas de este río que Juan Bautiza, como la humanidad ante el diluvio, o como Nínive ante caos, pide perdón.

¿Cuándo puede el creyente pedir perdón? En su devenir, en su tiempo representado por “cuarenta”, Toda la vida del creyente está aquí actualizada a través de los signos que estamos observando. Antes comprobamos que el perdón hay que solicitarlo en cada desierto, en cada soledad, ahora vemos que en este desierto hemos de permanecer durante toda nuestra existencia terrena, es decir, durante “cuarenta”.

Esta es la experiencia que retoma Marcos. No obstante, la comunidad cristiana a la que pertenece el evangelista ha traspasado este “eón”. Jamás pudo el judaísmo intuir lo que Yahvé tenía preparado para la humanidad... en su Hijo. ¿Cómo expresa Marcos su increíble experiencia de la resurrección?

La parquedad con la que habla Marcos sobre el Bautista al inicio de su evangelio, contrasta con la de Mateo y Lucas, no así cuando nos relata la muerte del precursor. Diera la sensación de que el evangelista deseara resaltar de forma especial este trance. Efectivamente, cuando Marcos escribe sobre la muerte de Juan el Bautista, nos la explica con todo detalle.

“Y al instante mandó el rey a uno de su guardia, con orden de traerle la cabeza de Juan. Se fue y le decapitó en la cárcel y trajo su cabeza en una bandeja, y se la dio a la muchacha, y la muchacha se la dio a su mujer. Al enterarse sus discípulos, vinieron a recoger el cadáver y le dieron sepultura” (Mc 6, 27-29).

Juan representa el antiguo paradigma: en él, el Espíritu, a través de la tentación, abre el conocimiento, la mente del ser humano y le muestra la creación. En esta creación, el hombre, como el antiguo Israel, descubre el desierto y el tiempo, pero ambos conducen a la muerte.

Juan, siendo el más grande, no puede huir de este final. Marcos desea que el lector asuma esta verdad. No hay duda al respecto. Juan muere, los discípulos le entierran, el judaísmo no ha podido responder a las ansias de conversión del creyente.

Todo acaba en el desierto y en el tiempo. Y el tiempo, que es muerte, acaba en el sepulcro. Juan es enterrado por sus discípulos. El Antiguo Testamento no había podido traspasar la barrera de la muerte. Al fin: *“...el hombre y la bestia tienen la misma suerte; muere el uno como la otra; y ambos tiene el mismo aliento de vida. En nada aventaja el hombre a la bestia, pues todo es vanidad” (Qo 3, 19).*

Cierto que el conocimiento adquirido a través de la tentación, le había mostrado la superioridad sobre el resto de los animales: *“Estaba entre los animales del campo y los ángeles le servían” (Mc 1, 13 b).* Pero esta superioridad no le había posibilitado a cambiar igual meta: la muerte.

Marcos sitúa a Juan y a Jesús en un mismo escenario. Este escenario es el desierto en el que psicológicamente siempre estuvo Israel para escuchar la palabra de Yhavé. Ahora bien, Marcos desea mostrar que la antigua economía no había podido superar la barrera de la muerte: ¡Juan el Bautista, muere!

La Iglesia de las primeras comunidades, gracias al espíritu del resucitado, había llegado hasta Galilea, y en Galilea, representación de la Iglesia marcana, Cristo había vencido a la muerte. La antigua economía pertenecía al tiempo, al desierto; la nueva economía pertenecía a la eternidad. La eternidad que aprehende el creyente en Cristo funde la individualidad del desierto en la plenitud donde todos formamos parte del Todo.

Marcos, Satán y los animales

El relato de Marcos, a diferencia del resto de los sinópticos tiene, posiblemente, más coherencia. Aquí Satanás tienta durante los cuarenta días (Mc 1, 13). No se narra la forma ni las veces que Jesús fue tentado, simplemente se anuncia lo que, hemos visto,

sucede en todo ser humano : él tuvo que “tentar” constantemente el mundo que le rodeaba, a fin de adquirir conocimiento, a fin de crecer en sabiduría.

No entramos a explicar la simbología de las tres tentaciones de Mateo y Lucas ya que ellas pertenecen a la personal teología de estos evangelistas. Únicamente deseamos constatar que Marcos, inmerso en la humanidad de Jesús, no desea señalar su divinidad, los otros sinópticos, sí; de ahí la división trinitaria de las tentaciones.

Marcos nos informa que toda la vida de Jesús (cuarenta), estuvo inmersa en las tentaciones. Este inmersión es la que, aún, seguía soliviantando a las comunidades cristianas. ¿De que forma explica el evangelista esta situación?

El evangelista retoma la idea del desierto y le añade algunos toques redaccionales que demuestran que la genuina religiosidad no puede quedar presa en la letra. Marcos debió tener presente las pruebas que Israel tuvo que pasar en su personal vacío (soledad, desierto), y que se recordaban en el libro de la segunda ley.

“Acuérdate de todo el camino que Yahvé tu Dios te ha hecho andar durante estos cuarenta años en el desierto para humillarte, probarte y conocer lo que había en tu corazón: si ibas o no a guardar sus mandamientos. Te humilló, te hizo pasar hambre...” (Dt 8, 2-3).

Marcos ha añadido a este pasaje un nuevo personaje. En el libro de Deuteronomio, Yahvé tienta a Israel, no así en su evangelio, aquí quien tienta a Jesús es Satanás. ¿Por qué? Porque en el judaísmo preexílico, que era profundamente monoteísta, todas las acciones venían impuestas o consentidas por Yahvé. Sin embargo, después del exilio, las ideas dualistas del influjo de la ideología del parsismo, hicieron mella en Israel : *“Alzóse Satán contra Israel, e incitó a David a hacer el censo del pueblo” (1 Cro 21, 1).*

Marcos retoma esta idea dualista y si bien es el Espíritu quien conduce a Jesús al desierto, allí, es Satanás quien le somete a prueba durante su terrena existencia. Esta existencia, como la de cualquiera, tiene un enorme adversario (Satanás); éste adversario habita dentro de cada ser humano y rodea constantemente la vida del creyente.

Marcos nos alerta, alertando a su Iglesia : *“Tomándole aparte Pedro se puso a reprenderle. Pero él, volviéndose y mirando a sus discípulos, reprendió a Pedro diciéndole: Quítate de mi vista Satanás, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres” (Mc 8, 32-33).*

Pensar según la antigua economía es paralizar el pensamiento de Dios. Pedro, como representante de la Iglesia, se puede convertir en el adversario de los hijos de la nueva economía. Satanás sigue presente en cada desierto. El adversario de los planes de Dios es cada hombre concreto en su personal devenir. Marcos sitúa al mismísimo Pedro en el papel de adversario, a fin de que todo creyente esté vigilante hasta el fin de su tiempo (cuarenta).

Asimismo, y dentro de la parquedad a la que somete al lector, recuerda que los tiempos finales del judaísmo han llegado. No es necesario seguir esperando. Hay que salir del desierto para llegar hasta Galilea.

¿Cómo introduce al lector, semejante expectativa?. Marcos vuelve a reactualizar las escrituras con el ánimo de que los cristianos a los que dirige su escrito sepan que : *“El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca”* (Mc 1, 15). El tiempo del desierto ha dado paso a la eternidad de la resurrección. Ahora hay que estar vigilante para que el adversario que está junto a nosotros durante dicho tiempo, sea vencido. Satanás durante el “eón” de los “cuarenta” quedará ocultando el reino, si no tenemos ojos para ver.

Marcos abre esta nueva visión de lo que está por llegar, actualizando las palabras del profeta Isaías y proclamando su cumplimiento en Jesús: *“Serán vecinos el lobo y el cordero, y el leopardo se echará con el cabrito, el novillo y el cachorro pacerán juntos, y un niño pequeño los conducirá”* (Is 11, 6).

La virginidad del niño pequeño recuerda la de los evangelistas Mateo y Lucas que explicaron años después en sus evangelios de la infancia. Marcos anuncia la llegada del fin del tiempo, que ya había profetizado Isaías, con la idílica imagen de los animales del campo que conviven entre ellos y el hombre, sin impedimento alguno. Esta imagen es reforzada con los ángeles que permanecen al servicio de los hijos de la eternidad.

El creyente ante la brevedad expositiva del evangelista, queda preparado para adentrarse en un caminar de continuo retorno hacia Galilea. Quien en el camino encuentra a Cristo, sabe por experiencia que Él permanece desde entonces oculto en su Iglesia. Marcos nos ha expuesto su teología de las tentaciones tal como él las ha vivido y sigue viviendo en la comunidad cristiana a la que dirige su escrito.

El animal del antiguo paradigma ha de ser domado en cada soledad. Esta nueva visión de la realidad pertenece a los hijos de Dios donde el verdadero parentesco no viene de la carne, sino de aquellos que saben escuchar desde los orígenes la palabra de Dios (Mc 3, 31-35).

Marcos, desde una perspectiva de universo distinta, proclama que el tiempo ha acabado. Desde esta nueva visión, Cristo, que es la eternidad, se reencarna en la naciente Iglesia. Hacia ella nos conduce el evangelista, cuando en cada personal devenir, trascendemos el tiempo a través de su teología tentacional.

Su teología tentacional inaugura los nuevos tiempos con las imágenes idílicas del profeta Isaías; ahora Israel debe permanecer alerta, no obstante, lo que a continuación va a suceder, excede cualquier previa concepción de la historia. ¿Por qué? Porque el tiempo se ha cumplido (Mc 1,15); únicamente quien muere al tiempo, renace a la eternidad; sólo quien muere, descubre el Reino oculto en el corazón (en el desierto) que hay que trascender en, con y por Cristo.

Conclusión

La brevedad expositiva de Marcos en relación al tema de las tentaciones no es óbice para descubrir la profundidad de su mensaje. Él traduce en palabras la vivencia

del Cristo que se ha dejado encontrar en su caminar. Traducir el caminar de Marcos es reencontrar el genuino significado de su teología.

Desde esta páginas, pretendemos conectar con la energía (Espíritu), que todo cristiano vive, desde su particular Pentecostés. No pretendemos hacer exégesis de los textos bíblicos, otros especialistas bíblicos realizan esta tarea en esta misma revista. Nuestra personal aportación, trata, más bien, de conectar la vivencia del creyente de hoy, con la vivencia crística que emana de los textos bíblicos.

Retomamos del exégeta su saber lingüístico y re-leemos el mensaje que el nos traduce, con el fin de hacer teología desde la experiencia antropológica que nos ha tocado vivir. Eso es, para nosotros, hacer teología. Desde esta personal experiencia, deseamos concluir lo aquí expuesto.

Marcos nos propone una experiencia de fe, que parte del encuentro con el resucitado. Ahora bien, Marcos, también es un ser humano con su personal antropología. Es, desde ella, que nos escribe su vivencia. ¿Podemos intuir, antropológicamente hablando, cuál era tal vivencia?

A tenor de lo que hemos expuesto, estimamos que tal intuición es posible. Marcos era un hombre que temía a la muerte. Marcos nos escribe su temor, con la intención de que las futuras generaciones entronquen con él; y una vez injertado en esta deshumanizadora experiencia, saltar en el vacío hacia la experiencia crística.

Si observamos, desde el pasaje de la tentación nos abre dos posibles caminos, el primero nos conduce desde el desierto hacia la muerte: Juan el Bautista es el prototipo de esta verdad; el segundo nos conduce hacia lo totalmente otro, hacia lo imposible de describir: ¡la resurrección!

Ahora bien, la teología marcana, está fuertemente injertada en la muerte. Hasta tal punto, que cuando Marcos nos introduce en el sepulcro, calla. Su mutismo, que es el de las mujeres cuando no pueden decir a nadie lo que han experimentado, es motivado por el miedo (Mc 16, 8). Este miedo nadie lo puede quitar. Israel, con toda su experiencia del pasado, no pudo. Juan muere porque ley es morir.

Marcos ha trascendido la ley y con Cristo, ha vivido la experiencia de la eternidad. Cristo no muere. ¡Cristo vive! ¿Dónde? En Galilea, en la Iglesia. Sus lectores, ayer, como hoy, tenemos que dejarnos guiar de su miedo a la muerte, a través del nuestro propio, y con él, llegar hasta el sepulcro y dar el salto en el vacío : Es ante la muerte vencida, que se “ve” la gloria de Dios. Es ante la cruz que se confiesa la resurrección.

La teología marcana apunta en esta dirección desde el pasaje de la tentación. Esa es la traducción teológica que brindamos desde estas páginas al hombre de fe del nuevo milenio. El tiempo sigue corriendo en el mítico “eón” de los “cuarenta días”, para que, hoy, como ayer, podamos trascenderlo y en Cristo, vivir, junto a Marcos, la experiencia de la eternidad.

Comenzamos este ensayo, en la tumba del Jesús hombre, llenos del temor femenino, es decir, del miedo interno y profundo que se vive más allá de todo concreto

temor. No hay peor miedo, que el miedo al miedo. Posiblemente, este oculto terror que experimentan las mujeres al observar, en Dios, que la muerte, como el miedo, no existe nada más que en la mente de quien lo crea, es lo que les hace enmudecer. Marcos, también debió quedar paralizado ante la Verdad que se le revelaba. Su miedo a la muerte, lo lleva hasta Juan y desde su decapitación, nos eleva hacia la Vida.

Juan no puede darnos la vida, Juan es el precursor de estas experiencias. Para Marcos la vida no está en Israel, se encuentra oculta en la Iglesia, en la Galilea de su escrito; allí (aquí), continúa esperando el resucitado el “fiat” personal de cada creyente ... y quien tenga oídos...

Citas Bibliográficas

